

# Spitzbergen

LA AVENTURA ÁRTICA DE UN HOMBRE



**José Mijares**

Recorrer 250 kilómetros, a "seis patas" y en total autonomía por una de las banquisas más sugerentes de los entornos polares, la que forma el océano helado de Spitzbergen Sur.

Por José Mijares

# 2013

Y SU PERRO



**Lonchas**

Desde el comienzo del invierno, tenía una **IDEA** que no se apartaba de mi mente: Quería volver a **SPITZBERGEN**. Había realizado ya tres **VIAJES** a la isla más grande del archipiélago de Svalbard, pero aún guardaba una cuenta pendiente con ella: el **PARQUE NACIONAL** de Spitzbergen Sur. El nombre, por otra parte tan obvio, delimita la zona más meridional, más remota y también más **SALVAJE** de la isla: un área inmensa de **GLACIARES** rotos y clima inestable, donde está prohibido el acceso con motonieve (ni siquiera

a los residentes, salvo en casos muy excepcionales). En definitiva, **UN MAL SITIO PARA LOS HUMANOS**, que rara vez se aventuran tan al sur, pero fantástico para los osos polares, residentes habituales y muy abundantes. En el sur de Spitzbergen, sólo la **SOLEDAD** está garantizada.

Y hablando de soledad, mi gran duda respecto al viaje era: ¿si debía ir solo o no? **SOLO CON LONCHAS**, quiero decir.

## ■ EL DILEMA

Mi forma de viajar por el Ártico ha cambiado desde que me acompaña Lonchas, mi Malamute de cuatro años. Sencillamente, ya no sé si puedo concebir un viaje sin él, ni con otro compañero, de cuatro o dos patas. Fui consciente de eso en los dos viajes "preparatorios" que hicimos juntos en enero y febrero. El primero, la travesía del Padjelanta en la Laponia sueca: 11 días solos en condiciones bastante duras; el segundo, al Lemenjokki en Finlandia. En ambas ocasiones formamos un equipo perfecto. Cualquiera que haya viajado con perro, sabe que hacen más y mejor compañía que muchos humanos. Además, en Spitzbergen Sur, Lonchas sería una ayuda esencial para detectar osos polares en la cercanía. Yo dormiría más tranquilo sabiendo que Lonchas detectaría su presencia y me alertaría. Y, mientras marchábamos, mi amigo cubriría la retaguardia.

Sin embargo, seguía deshojando la margarita. Porque, pese a mi sincero deseo de hacer este viaje mano a mano con Lonchas, se trataba de un viaje no exento de peligros. Cada vez que pensaba en pros y contras, tratando de estudiar la cuestión de la manera más objetiva posible, solo conseguía terminar hecho un lío.

Finalmente un día a principios de marzo, en un impulso, di el paso y compré los billetes. Ya estaba hecho (es decir, pagado), no había vuelta atrás. Partimos el ocho de abril.

Como viajero independiente, debía obtener un permiso especial para moverme libremente por la isla. Es un trámite gratuito pero laborioso que, en el caso de llevar perro, se complica muchísimo ya que Spitzbergen es una zona con peligro para los animales de contraer la rabia. Por tanto, nuestra primera visita tras aterrizar fue a la oficina del Gobernador, donde estuvimos un buen rato ocupados con el papeleo. Luego fuimos a hacer algunas compras de última hora, como gasolina para cocinar, un rifle (alquilado), munición para mi revólver de bengalas, explosivos para la cerca anti-osos, y cosas por el estilo.

## ■ EN MARCHA

La forma más segura de recorrer el sur de Spitzbergen es por zonas de banquisa, es decir, sobre el mar helado, siguiendo la costa este. Se trata de un terreno irregular y variado, que alterna zonas planas con caos de bloques de hielo y crestas de presión creadas al chocar las planchas de hielo por efecto de las mareas. Una hermosa locura, la verdad.

Ilusionado con un comienzo a lo grande, escogí un punto de partida grandioso y remoto: un lugar en la costa llamado Ljosodden, a 170 km al sur de Longyearbyen.

Para llegar hasta allí, tuve que contratar tres motonieves como asistencia: dos de ellas con remolque y otra que circulaba por delante del grupo, tanteando el terreno. Fue un viaje de cuatro horas desde Longyearbyen hasta a Ljosodden, donde nos recibí un día perfecto: sol, ni una brizna de viento, y -20°C. ¡Precioso!

Estábamos a 10 de abril, cuando aún no hay sol de medianoche en el paralelo 77, pero sí 20 horas de sol al día. La tarde era tan fantástica que los conductores aun tardaron en marcharse y, en cambio, aprovechamos para compartir tranquilamente unos alimentos liofilizados, café y galletas.

Después se fueron. Me quedé mirando cómo las tres motos se alejaban sobre el mar congelado hasta perderse en el horizonte y desaparecer de la vista.

Ya estábamos solos, Lonchas y yo, en un lugar de sobrecogedora belleza. A nuestros pies, dos pulkas ligeras con equipo para 20 días. Nada ni nadie más. De repente sentí que había hecho bien, que era un acierto estar allí e intentar ese viaje.

El plan era tratar de llegar lo más al sur posible pero, sobre y ante todo, disfrutar de cada uno de los 20 días de que disponíamos –ni uno más– y regresar a tiempo a Longyearbyen. No teníamos una meta fija ni más objetivos que vivir la experiencia.

## ■ CAMINAR SOBRE EL MAR

Durante la marcha yo iba delante, abriendo huella con mi pulka, mientras Lonchas me seguía, arrastrando su propio trineo, unos metros por detrás. De vez en cuando paraba para echar una mirada a los alrededores, disfrutando del entorno. Luego miraba a Lonchas, que respondía con sus expresivos ojos. Las sensaciones eran únicas, maravillosas.

Con respecto al clima, diré que nos respetó más de lo que yo imaginaba y, salvo un día de viento fuerte que aproveché para leer y dejar descansar a Lonchas, los días fueron fríos, soleados y solitarios.

Por las noches la temperatura bajaba hasta -30°C, pero al salir el sol de madrugada, pegaba en la tienda y caldeaba mucho el ambiente. Aun así me despertaba con varios grados negativos. Después la cocina MSR dentro de la tienda se encargaba de poner la tienda a más de +20°C. Lo cierto es que cada noche dormía tranquilo, muchas horas y, excepto en las pocas ocasiones en que nevó, con la puerta parcialmente abierta.

En cuanto al terreno, bueno, no era tan fantástico. La banquisa no es una superficie uniforme como, por ejemplo, los lagos congelados en Laponia. Aquí el relieve era variable y complicado, sobre todo por las crestas de presión. Obviamente no había cuevas, pero la progresión no era sencilla. Durante los primeros días caminamos sobre piso en general firme, pero que a veces se alternaba con una capa de nieve blanda



bajo la que había un conglomerado de trozos de hielo cristalino. Y, progresando con esquís, no notaba nada, pero Lonchas en cambio se hundía a cada paso y el hielo marino oculto le producía cortes en las patas. El problema es que él no se quejaba. Solo me di cuenta cuando descubrí gotas de sangre en la nieve. Debía ser yo quien evaluase el sufrimiento de mi compañero, porque él, sencillamente, me seguiría fiel hasta perder la vida. Se que lo haría, y esa certeza en cierto modo asusta.

Ya en la oficina del gobernador nos habían advertido que este año encontraríamos condiciones difíciles en el Sur, y, de hecho, las otras tres expediciones que pasaron este año por la zona lo confirmaban. El equipo noruego "Spitzbergen Project" hablaba de avances de solo 500 metros por hora algunos días. La sueca Elin Engerstrom comentó que sus perros habían sufrido cortes graves en las patas. Ambos se dieron la vuelta a mitad de camino. Yo iba bien e incluso creía que el terreno era aceptable, pero seguramente Lonchas tendría otra opinión, a la vista de los cortes en la caña de sus patas.

Por eso, pensando en los dos, decidí seguir los pasos de los equipos anteriores, y dimos la vuelta al llegar a la bahía de Hamerbukta. En esa zona había huellas de osos por todas partes; no había kilómetro que no cruzáramos una solitaria línea de huellas, o a veces grupos de ellas, dejadas por hembras con oseznos.

## ■ TIERRA DE OSOS

Cuando ves tantas huellas sí que es conveniente estar muy atento y extremar las precauciones. Todas las noches que acampé encima del mar procuré buscar "pampas" abiertas con buena visibilidad en todas direcciones, evitando quedarme cerca de caos de hielo o crestas de presión.

Lonchas dormía fuera de la tienda, atado y bien visible desde la apertura de la puerta. Si olía algo durante las horas de descanso ladraría, y entonces yo tendría que seguir su mirada para buscar el motivo de sus ladridos y poder localizar yo también al intruso.

También extendía cada noche alrededor del campamento una cerca anti-osos, que soy capaz de montar con una caña de pescar en menos de un minuto y, lo juro, ¡funciona!



## Disparar a un oso en Svalbard no es algo que tomar a la ligera.

Si alguien traspasa el perímetro, salta una bengala; suficiente para despertarme y coger la pistola de bengalas o el rifle, que mantengo siempre a mano. Dejo incluso un cuchillo cerca, por si acaso hay que rajar la tienda y salir por la vía rápida.

Lo cierto es que no ladró ninguna noche. Pero eso no quiere decir que no hubiera osos. Un día, mientras desmontaba el campamento en la zona más meridional del recorrido, vimos dos.

Lo normal es que después de salir de la tienda desmontara en primer lugar la cerca anti-osos y dejara libre a Lonchas, que aprovechaba para deambular por los alrededores, mear en todo bloque de hielo sospechoso y revolcarse en la nieve. Yo recogía el material y la tienda, pero mantenía siempre el rifle cerca y el revólver al cinto. En vez de vigilar los alrededores, prefería vigilar a Lonchas, que podría percibir a un extraño mucho antes que yo. De vez en cuando le miraba, a ver qué hacía.

En una de esas miradas encontré a Lonchas tieso como una estaca, con los ojos fijos en el horizonte y alerta como no lo había estado en todo el viaje. Seguí su mirada y ahí estaba, un oso. ¿A qué distancia? Lo cierto es que el oso pasó de largo sin aparentemente prestarnos atención. Al menos, yo no lo vi mirarnos en ningún momento, aunque me extraña que no nos viera, al igual que nosotros le vimos a él.

A los pocos minutos paso otro oso más grande. Ese sí que nos vio, se detuvo y nos miró. Volvió a ponerse en marcha, para luego pararse a mirar otra vez. Creo que estubo tanteando la posibilidad de acercarse a ver si éramos comestibles, pero por alguna razón cambió de idea y se fue. Durante aquellos minutos no sentí miedo, no intenté moverme, no hice comentarios a la cámara (estaba filmando en video) ... Tampoco Lonchas ladró, ni se lanzó a su encuentro, ni nada por el estilo. Fue un momento muy especial, fascinante. Allí estábamos los tres mirándonos, sin perder los papeles. Luego el oso se cansó y siguió su camino.

Pensando en aquello, yo creo que el primer oso era una hembra, y este segundo quizás fuera un macho, siguiendo su rastro. Por eso, entre ir a por la dama o a por dos panolis, eligió la compañía femenina: sabio animal.

Lamentablemente, no todos los osos siguen ese patrón de comportamiento. Los ejemplares jóvenes, que acaban de dejar a la madre y no saben cazar, andan hambrientos y dispuestos a lanzarse contra todo lo que respire. Igualmente famélicos están los osos muy viejos, desesperados porque ya no pueden cazar con la habilidad de antes. Ambos tipos de osos son los más peligrosos. Sinceramente, es mejor no encontrarse con ellos.

## ■ ENCUENTROS EN EL HIELO

Poco después, ya de regreso hacia Longyearbyen, me crucé con dos noruegos que caminaban rumbo al sur, y que llevaban ya cinco semanas de viaje. Nos paramos a charlar un rato: yo les comenté que había visto osos y ellos, entre otras cosas, mencionaron su preocupación porque apenas les quedaba comida para sus perros. Decidí ayudarles y les di parte del pienso de Lonchas. Luego nos deseamos mutuamente buena suerte y seguimos cada uno nuestro camino.

A los pocos días esos noruegos serían protagonistas de un encuentro con osos mucho más dramático que el mío. Tuvieron la mala suerte de toparse con un oso joven y hambriento que se lanzó a por ellos. Los noruegos hicieron lo posible por disuadir al animal: lanzaron bengalas, dispararon al aire, sus perros ladraban histéricos, pero no sirvió de nada. Los noruegos tuvieron que disparar y matar al oso, un ejemplar de dos años y 119 kilos de peso.

Disparar a un oso en Svalbard no es algo que tomar a la ligera. Es una especie protegida y quien le haga daño se enfrenta a demandas muy serias, si no se prueba que ha sido en defensa propia y como último recurso. Si matas a un oso a más de 50 metros de distancia y/o no le disparas de frente, eres culpable. De hecho, si se dispara a un oso es necesario llamar inmediatamente a la oficina del gobernador, que desplazará personal de la oficina y policía en helicóptero hasta el lugar de los hechos, para aclarar

lo sucedido. Si hay alguna sospecha de muerte innecesaria, se cancela la expedición en el momento y se procede a interponer una demanda judicial, que será resuelta en Noruega.

En el caso de los dos noruegos, en cambio, la situación estaba clara y estos pudieron continuar. Aunque no por mucho tiempo: pocos días más tarde estos mismos expedicionarios pidieron ser rescatados por falta de comida, para indignación de las autoridades de la isla. ¡Podían haberlo pensado cuando llegó el primer helicóptero!

## ■ RETORNO A LA ¿CIVILIZACIÓN?

Cuando finalmente abandonamos el Parque Nacional, salimos de la banquisa por la bahía de Kvalvagen y ascendimos al glaciar Storbreen. Lo cruzamos y enlazamos con el Paulabreen. Esta etapa nos proporcionó preciosas vistas de las montañas, terreno más cómodo que la banquisa y, en principio, menos posibilidades de ver osos. Nuestro siguiente objetivo era la "ciudad" minera de Sveagruva, situada en la costa del fiordo Van Mijenfjord, y a la que llegamos tras tres días de camino sobre terreno glaciar.

La aparición del complejo minero ante nuestros ojos ofrecía una visión surrealista. Las montañas de los alrededores son de color pardo, por la nieve teñida de polvo de carbón. Han construido algunos kilómetros de carretera a lo largo de la población, en dirección al puerto y a otras minas cercanas. Hay máquinas que pisan y mantienen una pista de nieve por la que circulan motonieves a todas horas. Y hay ruido: ruido estridente de camiones y sirenas.

Y venía bien advertido: los viajeros no son bienvenidos en Sveagruva. El interés, o más bien la falta de él, era mutuo, así que monté mi tienda junto al mar, a no menos de dos kilómetros de la ciudad-mina. Aquel lugar era cualquier cosa menos atractivo.

Sin embargo, el lugar tenía una ventaja: cobertura de móvil, que aproveché para consultar Facebook aquella noche, metido en el saco y acunado por el ruido de los camiones. Después de tanto tiempo en el silencio, me parecía estar acampado en mitad de la Gran Vía.

Solo había empleado 11 días en llegar a Sveagruva, en parte porque no había llegado tan al sur como había planeado y en parte porque hasta el momento todo había funcionado de maravilla, tanto, que empezaba a inquietarme la sensación de estar concluyendo un viaje demasiado "fácil". ¡Solo había 65km hasta Longyearbyen y yo no quería llegar tan rápido!

Salimos tarde, sin prisas y sin dedicar una última mirada a la tétrica ciudad minera. Avanzamos sobre la banquisa, siguiendo unas carreteras de hielo que, en teoría, nos

conducirían hasta el glaciar Slakbreen. Sin embargo, pasaban las horas y las referencias no cuadraban con lo que marcaba el mapa. De pronto, empecé a ver ¡coches! Si la ciudad minera era surrealista, lo de los coches por el glaciar iba incluso más allá. Por suerte paso un currante en moto-nieve y le pregunté donde estábamos y si eso que veía a lo lejos eran realmente coches. Hablábamos en Noruego, pero mi acento le llamo la atención. Cuando le expliqué que era español, me miró completamente atónito. S-PANSK? (¿Es-pa-ñol!?) dijo, alargando incrédulo la última sílaba.

Al menos, no estaba loco. Efectivamente, aquello que veía eran coches, circulando por una carretera recién construida. El motorista me explicó que estaban empezando a explotar una mina nueva y han construido unos kilómetros de carretera por esa zona.

En aquel momento me encontraba en lo alto del glaciar Martabreen y tenía dos opciones: dar la vuelta y seguir esas poco atractivas carreteras de hielo, o tirarme glaciar abajo hasta desembocar en el valle de Reindalen, 500 metros de desnivel más abajo. No lo dudé ni un instante.

El descenso, largo y franco, tuvo una esquiada fantástica. A la mierda las carreteras, las motos de nieve y las minas, pensé. Una hora más tarde, estábamos acampando en la morrena del Martabreen, de nuevo rodeados de paz y silencio.

¡Qué raros habían sido los dos últimos días! Pero, al mismo tiempo, ¡Qué rápido habíamos escapado otra vez del ruido, las máquinas... y, eso sí, también de la cobertura de móvil.

El Reindalen es un largo y ancho valle y que desciende suavemente hacia la única pista balizada de todo el archipiélago, y que une Sveagruva con Longyearbyen.

Una vez la alcanzamos, podemos decir que terminó nuestra aventura, que pertenecía al Parque Nacional Sur y los glaciares. Los días en la banquisa, las acampadas sobre el mar, los frentes glaciares, las montañas y los osos polares... todo aquello quedaba atrás.

Después de 250 km y 14 días llegamos de regreso a Longyearbyen. Otra vez por nuestros propios medios, en autonomía, Lonchas y yo mano a mano. ¡Mejor, imposible!

